

# Habitar poéticamente el ciberespacio. Digresiones optimistas en tiempos de confinamiento

*Por Mauricio Vásquez Arias\**  
*y Lorena Avilés Romero\*\**



---

\* Candidato a doctor en Diseño y Creación de la Universidad de Caldas y profesor de la Universidad EAFIT.

Correo: [mvasqu23@eafit.edu.co](mailto:mvasqu23@eafit.edu.co)

\*\* Diseñadora de experiencias en United Way Colombia.

Correo: [laviles@uwcolombia.org](mailto:laviles@uwcolombia.org)



## 1. Contra el pesimismo cybermonopólico

*#habitarpoéticamenteelciberespacio*

(Entrada para Facebook)

Este es el momento en el que las lecturas del primer Foucault se volvieron a poner de moda, y los términos *vigilancia*, *control* y *corporaciones* están al orden del día.

Parecería que se olvidó la lectura del poder como una red en la que no solamente somos objetos de opresión, sino además agentes con potencia instituyente. Por la paranoia declarada, parecería que apenas en las últimas semanas nuestra sociedad está generando datos masivos: basta advertir que desde los sistemas de fidelización de los comercios (puntos Éxito, por ejemplo) hasta las historias clínicas de las instituciones prestadoras de salud, pasando por los retiros de cajero electrónico que hacemos cuando nos llega nuestro sueldo, están generando datos de manera masiva que son usados desde hace bastante tiempo por las fuerzas del comercio y el capital (y no tenemos que estar hiperconectados como en los últimos días). Estos son los mecanismos equivalentes a los que antaño se operaron a través de los censos y la estadística.

Es particular la manera en que se critica la producción masiva de imágenes digitales que se cran usando recursos y medios electrónicos, como la edición no lineal, los tituladores, los bancos de imágenes, a las que no se hubiera accedido en otro momento con tal facilidad sin la existencia de Internet –sobra decir que estos contenidos se difunden por canales fundamentalmente digitales–, y que los mismos que cuestionan estos mecanismos son teleconferencistas y cabezas parlantes educativas en las casas y habitaciones de sus estudiantes.

Parecería que no queda otro camino que desconectarnos y optar por el retiro al idílico jardín zen. Sin embargo, estas semanas algunos hemos visto otras cosas: el surgimiento de redes de colaboración y ayuda entre maestros, estudiantes y ciudadanos para salirle al frente a las nefastas consecuencias del confinamiento; el posicionamiento de saberes cons-truidos colaborativamente sobre principios de inteligencia colectiva y cultura libre, estimulando y animando desde la trinchera digital; así como la potenciación de estrategias de trueque y sistemas cooperativos propios de la crisis, en los que advertimos la abundancia del capital social y la creatividad conectada. Respiradores impresos en 3D, ingenieros de garaje adaptando mascarillas y otros aditamentos clínicos, yoga por telepresencia y clases de baile a través de Zoom son algunas de las manifestaciones concretas de lo que acabamos de mencionar.

Afortunadamente hay otros lugares desde los cuales pensar: las ideas del mismo Foucault, en las que se reconoce la capacidad de ejercer poder en las redes que configuran el mismo

a través de micropolíticas diversas; las ideas de Michel de Certeau, el viejo jesuita, que evidenció las potencialidades de los modos de hacer y las formas de invención de lo cotidiano, incluso en los márgenes más estrechos proporcionados por el poder opresor. Según estas ideas, siempre habrá lugares de caza furtiva en los terrenos del rey e, incluso, en los dominios de las megacorporaciones y de los monopolios surgidos de Silicon Valley.

Nos parece también escuchar a Reinghold (2004) ensalzando las potencialidades de las multitudes inteligentes, y a Negri y Guattari retomando la idea de *general intellect* como base del trabajo de “un productor social, dueño de los propios medios productivos y capaz de expresar, conjuntamente, trabajo y proyecto intelectual, actividad innovadora y socialización cooperativa” (Guattari y Negri, 1999, p. 18). Así mismo, la preciosa alegoría de Serres, quien en su *Pulgarcita* (2013) recrimina el espíritu carroñero de esa filosofía que siempre llega tarde y con espíritu aciago a las transformaciones de la sociedad, la educación y la cultura que no ha ayudado a construir.

Serres, filósofo-poeta, en su modesta senectud de abuelo, por el contrario, muestra las formas en las que esas nuevas subjetividades operan y componen mundo, entre otros a través de dispositivos móviles y táctiles, y los modos en los que han proporcionado otras formas para entender la educación y el saber.

Tenemos esperanza, aunque reconocemos las dificultades y complejidades del mundo que se está alzando frente a

nuestros ojos. Pero creemos que la red y el ciberespacio son un lugar de tensiones y, sobre todo, un espacio de construcción social creativa que será el resultado de nuestras formas de trabajo, imaginación, existencia y resistencia. Es momento de atender a un viejo filósofo alemán que invitaba, en tiempos de reconstrucción después del desastre, a *habitar poéticamente* (Heidegger, 1994). Nuestro deber o, mejor dicho, nuestro poder, es ahora reconstruir ese excedente, ese margen impensado e instrumentalizado que denominaron los escritores de ciencia ficción como ciberespacio y, sobre todo, es nuestra labor habitar en él creativa y poéticamente.

Lamentamos el optimismo, pero es el talante con el que debemos hacernos, aprovisionarnos en estos tiempos de escasez, para decirles a nuestras dos pequeñas hijas que estar acá (pero también salir de aquí a través de la virtualidad) tiene sentido, y que el futuro es posible, que hay esperanza, pero que depende de nuestra acción en el presente.

¡Buen viento y que el virus no los alcance!

## 2. Cabezas parlantes: *Futurama* a la puerta de la casa

#CabezaParlante

(Notas para un *podcast* inconcebible con música de fondo)

*Rodante delirante  
va la cabeza parlante  
palabras sin razón.*

*Borracho argumento criminal.*

*¡Sí, señor!*

*Bienvenido, amigo,*

*eres cabeza parlante conmigo*

“Cabeza parlante”, Parlantes



Código QR para acceder, en Spotify, al álbum de la agrupación Parlantes en el que se incluye la canción “Cabeza parlante”.

El *cuerpo docente*, actuando sin elementos en un espacio discursivo, poblado de lo que Johana Drucker denomina como *argumentos transmedia*, aparece como una cabeza parlante, forzada a entrar sin mediaciones a un espacio desconocido por algunos y despreciado por otros.

Por largo tiempo el dominio de los rituales escriturales y su exhibición pública a través de la clase pesó sobre cualquier otra forma mediática, nos dio la autoridad para corregir, examinar y sancionar las faltas, dentro de las reglas de juego de una tecnología que dominamos y que ha sido nuestro patrimonio. Pero el confinamiento ha traído como efecto de culata nuestra entrada a un régimen de signos y flujos en los que somos extranjeros, y hemos sido insertados en unos rituales para los que no estamos del todo entrenados.

Por años hemos retirado móviles del salón de clases, satanizado Wikipedia y condenado al ostracismo las redes sociales y demás formas de comunicación que no hacían parte del sistema legitimado de la academia. Hoy las relaciones se han invertido y nosotros somos los que entramos como invitados a un espacio ajeno, cuyas reglas básicas de cortesía a veces desconocemos, cuyos códigos éticos y proxemia nos son extraños; accedemos a una ecología cognitiva y a un escenario de comportamientos estéticos que difieren de los nuestros.

Nos educamos en el siglo XX con las teorías del siglo XIX para maravillarnos con los desarrollos tecnológicos del siglo XXI. Somos las cabezas modeladas por el sistema escritural gutenbergiano (Piscitelli, 2011) que al entrar en el espacio virtual materializan la imagen acuñada por *Futurama*, de Matt Groenig, en la que sujetos del pasado se preservan y perviven en urnas de vidrio para hacer presencia en el futuro.

La imagen satírica se ha hecho realidad en nuestros procesos de *educación remota de emergencia*, a través de herramientas que nos permiten estar telepresentes (Microsoft Teams, Zoom, Hangouts, Meet, entre otras). Los estudiantes no vienen a la universidad, nosotros entramos en sus casas y habitaciones sin el más mínimo desparpajo y con toda la inocencia del recién llegado, actuando como cabezas parlantes.

Pero no todo está perdido, es el precio que debemos pagar por nuestros años de soberbia libresca y, también, nuestra oportunidad para aprender de un entorno y una ecología de pensamiento que habíamos desconocido, minimizado o dejado simplemente a un lado.

En una publicación reciente en redes sociales, Maria Rocío Arango mostraba cómo el gremio docente ha enfrentado cambios significativos en las tecnologías de exposición, puesta en escena e inscripción pública de saberes. De este modo, como apunta la profesora Arango:

[...] hemos tenido que enfrentar cambios significativos en el modo de impartir nuestras clases. ¿Se acuerdan de las tarjetas perforadas? ¿Saben qué es eso? O, tal vez, se acuerden cuando llegaron los “acetatos” y tuvimos que aprender algo de diseño, a tener buena letra y nos equipamos con una mirada de marcadores de colores para que nos quedaran bonitos. Me acuerdo ahora de la primera clase de Excel que recibí faltando muy pocas semanas para graduarme; por ese entonces eso se llamaba de otro modo y las posibilidades que brindaba eran maravillosas pero limitadísimas. También eso lo aprendimos a manejar con presteza. Luego llegaron los computadores personales y aprendimos a manejarlos como ahora estamos aprendiendo a manejar la plataforma en la que tenemos que dar nuestras clases (2020).

No es otra cosa que un nuevo salir de aquí (la definición más sencilla de *virtualización* aportada por Serres, 1995), se trata de aprender a jugar un nuevo juego y reconocer sus mecanismos pragmáticos: contexto, modos de enunciación y, sobre todo, posibilidades de subjetivación. Otro salir de aquí buscando operadores de cambio: “Herramientas universales cuya construcción y cuya forma den paso o permitan la

transformación, aquí tenemos el intercambiador en una forma simplificada: al columpiarnos pasamos de la bajada a la subida o de enfrentarnos con la hierba a hacerlo con la vista al firmamento” (Serres, 1995, p. 34).

Pero no a todos nos corresponde perder la cabeza, por el contrario, debemos fabricarnos un cuerpo, aunque ahora ese cuerpo es virtual, como lo propone Don Ihde (2004); debemos hacernos con nuestros propios avatares, darles personalidad; afinar sus gestos con los recursos y herramientas que, más que simples cacharros, son, en términos de Patricia Cardona (2013), tecnologías de memoria, pensamiento y expresión y, después de ello, reconocer los lenguajes de esa retórica transmedia (Drucker, 2012) en la que habitan nuestros estudiantes para desplegar nuestras *performancias*: esas que están hechas mucho más que de palabras, aun cuando no nos damos cuenta, y que son materia de un tipo de diseño multimodal y, ahora, multiplataforma, característico del entorno cultural contemporáneo.

Es hora de encontrarnos con ellos en la virtualidad, columpiarnos entre el espacio blanco y negro de nuestros libros para dar lugar a nuevas vistas de eso que metafóricamente llaman la nube o el espacio digital en constante flujo. No se trata de otra cosa que de un nuevo cambio al que hemos sido abocados por la contingencia.

*¡Feliz y divertido viaje a la virtualidad: locos, delirantes, contagiadas cabezas parlantes!*

### 3. Esferas públicas virtuales y lugares aumentados

*#espacios híbridos*

(Cuasiensayo en tono tuitero)

Las mediaciones están vinculadas con formas de vida y expresión, su naturaleza es viabilizar el pensamiento, la acción social en una dimensión comunicativa en la que el diseño tiene un lugar fundamental en su sentido ontológico. Esta visión de los estudios culturales latinoamericanos implica un tránsito de la concepción determinista de los medios, a los modos sociales de apropiación de las tecnologías, claramente representada en los planteamientos de Jesús Martín Barbero (1998).

Esta concepción ontológica tanto del diseño como de la técnica, en tanto factores determinantes de hominización, tal y como los abordan Leroi-Gourhan (1971) y Duque (2019), nos lleva a replantear el peso dado históricamente a la actividad del diseño en términos objetuales, presenciales y de reproducción industrial, para pensar las dinámicas diversas de la virtualización y las lógicas requeridas en función de la multiplicidad humana y cultural de los territorios, los espacios comunicativos y los sujetos, y situarnos, justo ahora, en la necesidad puntual de garantizar el contacto entre comunidades de aprendizaje y el derecho a la educación en tiempos de confinamiento.

Esta visión implica considerar no solamente las instancias presenciales de la opinión pública como dimensión estructurante de la democracia moderna, sino además las

dimensiones virtuales de las esferas públicas constituyentes de los modos políticos de la contemporaneidad. Es decir, lo humano y lo social se construyen en los espacios de interacción comunicativa mediada tecnológicamente, de tal manera que las decisiones públicas sobre las tecnologías constituyen decisiones políticas sobre los modos de comunicar, deliberar, decidir y aprender.

Es en este sentido que, por ejemplo, llevar las políticas educativas al plano de lo digital, que no es igual a virtualizar, por lo menos en el horizonte en el que lo proponen Serres (1994) y Lévy (1999),<sup>1</sup> constituye una amenaza latente al derecho fundamental a la educación, dada la relación que esto tiene con acciones previas o, más bien, con omisiones vinculadas a regulaciones de dotación de infraestructura para la conectividad, a la no inclusión de Internet como un derecho fundamental pese a intentos legislativos (Valderrama, 2018) y a la nula o carente preparación de los docentes en el plano de las competencias mediáticas, digitales y tecnológicas en general; y también debido a la inadecuada caracterización de la población escolarizada en Colombia en términos de sus condiciones de acceso; todos estos aspectos amenazan ese derecho fundamental a la educación, aspecto al que hay que hacer frente con soluciones de diseño e innovación social.

Una concepción amplia de la tecnología y de la virtualización supondría, en términos de acción política, una ruta más clara para el desarrollo de acciones de educación remota de emergencia (Hodges, Moore, Lockee *et al.*, 2020) y, pos-

---

<sup>1</sup> Para la perspectiva de ambos autores *virtualizar* significa salir del lugar propio, extender y distender a través de la potencialidad y, no necesariamente, digitalizar. En el sentido en el que lo plantea Lévy, por ejemplo, lo virtual no constituye un término antagónico a la realidad, aunque sí para lo actual. Dicho de esta manera, lo virtual y lo actual se contraponen como dos aspectos constitutivos de lo real.

teriormente, para la virtualización efectiva de las experiencias de aprendizaje de manera equitativa, no solamente igualitaria, a través de tecnologías situadas, en una concepción que reconozca la diversidad del territorio, la diversidad cultural y las múltiples formas comunicativas y tecnológicas de encuentro que configuran el Estado-nación.

Arturo Escobar (2016) da pasos hacia una concepción más amplia de lo tecnológico y a su lugar en la configuración de modos diversos de estar y existir, en una visión ontológica que conecta la presencialidad con la virtualización posible mediante tecnologías diversas y contextualizadas, en un entorno de buen vivir, mutuo cuidado e interdependencia. Así, esos modos de estar y vivir resultan ser los marcos necesarios para pensar el diseño y su convivencia con la universalización tecnológica homogeneizante, por fuera de los vectores tradicionales de la modernidad. En esta dirección sugiere que

[...] la difusión de las tecnologías digitales ha empujado a los diseñadores a abrazar métodos sin precedentes para el diseño, basados [sic] en la interactividad y la participación de los usuarios; el diseño ha pasado a ser visto como colaborativo, plural, participativo y distribuido. El diseño, en suma, “se ha vuelto demasiado importante como para dejarlo en manos de los diseñadores” (Brown 2009: 8). Todo lo anterior requiere nuevos métodos, enfoques y formas de pensar –un nuevo “pensamiento de diseño” (Brown 2010; Cross 2011), no sólo una manera nueva de abordar la tarea en cuestión sino el mundo, más etnográfica y relacionalmente. (Escobar, 2016, p. 26)

En la situación de pandemia actual en la que nos encontramos, la extensión del confinamiento, desde la perspectiva de diversos especialistas, tiene al menos dos modelos: 1) confinamiento tipo acordeón: dos meses de aislamiento y un mes de actividades regulares con distanciamiento social (Ferguson, Laydon, Nedjati-Gilani *et al.*, 2020); y 2) confinamiento inteligente: cuatro días laborales y diez de encierro. Ambas visiones del confinamiento coinciden en que la situación actual debería prolongarse hasta por dieciocho meses o, por lo menos, hasta el hallazgo y la producción por vías farmacológicas de una vacuna, situación que comprometería la calidad y el acceso al servicio educativo por un periodo bastante prolongado.

Las alternativas a estas cuestiones implican la demanda colectiva de varias acciones, así:

- 1) La necesidad inminente de reconocer el acceso a Internet como un derecho fundamental, al ser un derecho conexo que afecta el derecho a la educación y a la expresión y la comunicación.
- 2) La formulación de políticas educativas en materia de virtualización integral (no solamente de digitalización de emergencia del servicio educativo) que permitan el acceso en diversidad de condiciones, a través de múltiples medios y formatos al conjunto de la población colombiana en edad escolar.

Adicionalmente, se requieren acciones de diseño que permitan una ágil virtualización integral de los servicios educativos, reconociendo así el sector como un garante en la construcción de vínculos sociales, convivencia y acceso al conocimiento y la información, sin dependencia de ningún tipo de tecnología o

medio y garantizando la diversidad cultural y socioeconómica del territorio colombiano. Admitir esto implica reconocer el lugar de las esferas públicas virtuales y las políticas de comunicaciones y TIC como aspectos fundamentales de nuestra configuración como sociedad política.

A lo anterior le sigue la pregunta ¿qué sucederá en la pospandemia? ¡No seremos iguales!, esa es la consigna común de expertos y legos, pero además es común el miedo latente de las personas que día a día pierden sus empleos en una sociedad que reafirma sus desigualdades y nos sume en las arenas movedizas de la informalidad laboral y la precarización, donde coinciden las economías creativas y la ideología emprendedurista del “sé tu propio jefe”, que resultan en la capitalización de la producción social al mejor estilo de Uber.

Ni la digitalización ni la virtualización *per se* son la salida a rajatabla a los conflictos y desigualdades sociales. Necesitamos habitar poéticamente el ciberespacio, reconstruir nuestros espacios sociales después de la devastación invisible del monstruo de mil tentáculos: esa suerte de Cthulhu lovecraftiano y microscópico que habita nuestras pesadillas y los titulares de periódicos digitales (porque hasta la prensa impresa corre el riesgo de transportarlo).

La reconstrucción implica pensar los espacios sociales como espacios aumentados o híbridos, en los que la afirmación de la condición *tele* se vincula a su exploración como un nuevo *oikos*, o lugar de habitación, que requiere por extensión de una *oikonomia*, es decir, de un pensar que cuida nuestros hábitáculos y dispensa en ellos los recursos en su posibilidad y oportunidad.

Luego de la inmersión que *Snow Crash* (Stephenson, 2014) signaba bajo la idea de metaverso, vendrá, probablemente, la emersión, que no es otra cosa que un rehabilitar sabiendo que la dimensión antes suplementaria, la de la virtualidad, la del ciberespacio, es ahora una dimensión complementaria, en la cual podemos guarecernos durante estas y las próximas pandemias, durante este y los próximos confinamientos, durante esta y la próxima debacle.

Mientras terminan de escribirse estas líneas, al fondo de la pantalla un gobernante local extiende su cuadro de mando poblado de métricas y algoritmos, toca la pantalla táctil y muestra la ubicación precisa en la que se produjeron los contagios, y evidencia cómo se despliega el cerco epidemiológico rastreando a través de los teléfonos móviles de los ciudadanos los contactos del paciente enfermo: una escena perfecta para los apocalípticos de la hipervigilancia al mejor estilo de Ciudad Gótica.

Al mismo tiempo, las acciones performáticas de un profesor de matemáticas entrado en años seducen a propios y extraños; los experimentos en vivo de un físico (que parece más un mago) captan la atención del público y sus videos se vuelven virales; un ensamble vocal, una compañía de danza y un grupo de cómicos se encuentran en una edición multipantalla; un DJ pincha sus discos y ejecuta mezclas en un *performance* en vivo; y así sucesivamente se va armando el mosaico de pixeles en la megapantalla del flujo de información diaria.

Terror y temblor, miedo y esperanza, panóptico y zonas temporalmente autónomas (Bey, 1996), vigilancia y acción so-

cial creativa; todas ellas posibilidades antagónicas, se conjugan en una *mediatectura* (Schindler, 2010) de lo posible, en una arquitectónica a la vez de lo deseable y de lo temido.

¡Que el monstruo nos encuentre con todas las esperanzas intactas!

## Referencias

Arango, M. R. (2020, marzo 25). Reflexiones desde la virtualidad 1: Grandecitos, *Facebook*. Disponible en: <https://cutt.ly/MtR5UIZ>

Bey, H. (1996). *TAZ: Zona temporalmente autónoma*. Madrid: Talasa.

Cardona, P. (2013). *Y la historia se hizo libro*. Medellín: Editorial EAFIT.

Drucker, J. (2012). I. Humanities to Digital Humanities. En: Burdick, A., Drucker, J., Lunenfeld, P., Presner, T. y Schnapp, J. (Eds.), *Digital Humanities*. Cambridge: Mit Press.

Duque, F. (2019). *Filosofía de la técnica de la naturaleza*. Madrid: Abada.

Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño. La realización de lo comunal*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

Ferguson, N., Laydon, D., Nedjati-Gilani, G., *et al.* (2020). Report 9: Impact of non-pharmaceutical interventions (NPIs) to reduce COVID19 mortality and healthcare demand. Disponible en: <https://bit.ly/3djINf5>

Heidegger, M. (1994). *Poéticamente habita el hombre. Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Hodges, Ch., Moore, S., Lockee, B., et al. (2020). *The Difference between Emergency Remote Teaching and Online Learning*. Disponible en: <https://bit.ly/3dyL46n>

Ihde, D. (2004). *Los cuerpos en la tecnología. Nuevas tecnologías: nuevas ideas acerca de nuestro cuerpo*. Barcelona: Editorial UOC.

Leroi-Gourhan, A. (1971). *El gesto y la palabra*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Lévy, P. (1999). *¿Qué es lo virtual?* Barcelona: Paidós.

Martín-Barbero, J. (1998). *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Negri, A., y Guattari, F. (1999). *Las verdades nómadas & General Intellect, poder constituyente, comunismo*, vol. 2. Madrid: Akal.

Piscitelli, A. (2011). *El paréntesis de Gutenberg: la religión digital en la era de las pantallas ubicuas (Litwin lectures 2010)*. Madrid: Santillana.

Rheingold, H. (2004). *Multitudes inteligentes: la próxima revolución social*. Barcelona: Gedisa.

Schindler, B. (Ed.) (2010). *Mediatecture: the design of medially augmented spaces*. Nueva York: Springer.

Serres, M. (2013). *Pulgarcita*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Serres, M. (1995). *Atlas*. Madrid: Cátedra.

Stephenson, N. (2014). *Snow Crash*. París: Bragelonne.

Valderrama, D. (2018). El acceso a internet como derecho fundamental: caso costarricense y su viabilidad en Colombia. *Novum Jus: Revista Especializada en Sociología Jurídica y Política*, 12(2), jul.-dic., 165-185.